

Un Oasis Patagónico. Enseñando Ciencias Sociales en el Nivel Inicial

Por Mariana Castro

“La naturaleza siempre fue la despensa del hombre”
Milton Santos

Esa frase fué la musa inspiradora de esta propuesta en donde el juego puede ser, aparte de algo recreativo y placentero, también un medio para la reconstrucción de situaciones y una forma de proyectar la realidad jugando.

Cuando diseñé esta propuesta estaba como docente en la sala de 5 años del Jardín Provincial Nro.13, aproximadamente en el mes de septiembre de 2003. Quería realizar un recorte de la realidad. Mi idea era hacer conocer a los niños un lugar tal vez conocido por ellos pero desde otra mirada.

Esta idea planteaba ver más allá de lo obvio. Es por eso que sentí la necesidad de sorprenderlos con algo que les resultara interesante por conocer.

La mayoría de los niños de esa sala eran muy curiosos, inquietos y con iniciativas. El mes de septiembre estaba avanzando y sentía las ganas de renovar mi energía nuevamente. Era una cuestión de necesidad personal, y para el grupo significaba volver a sentir esa curiosidad tan propia de ellos.

Estaba inspirada y aún no sentía el cansancio de fin de año con los campamentos y actos.

Sentí entonces una energía extra. Estaba tranquila y satisfecha por lo todo lo que “mis niños” habían logrado durante todo el año.

Durante esos meses había participado con este grupo de niños de otras experiencias. La idea seguía rondando en mi cabeza pero debía tener una forma ¿Cómo iba a ser este abordaje de la realidad?

Una alternativa era como proyecto, pero mi decisión fue abordarlo como una unidad didáctica, porque había pensado que iba ser el mejor medio para tomar la realidad como objeto de estudio. Hoy, después de varias capacitaciones, hemos aprendido que “la realidad social es un entramado complejo, tejido con informaciones, explicaciones, normas, valores que se debe abordar solo como una parte de un todo”.

Fue entonces cuando recordé a Milton Santos que opinaba que “La naturaleza siempre fue la despensa del hombre” y sobre cómo nosotros nos relacionamos con lo natural, con la vida sana y automáticamente lo relacionamos con dietas, frutas, verduras, etc.

Inmediatamente mi cabeza había comenzado a trabajar con estas asociaciones y no tardé en elegir ese lugar: la verdulería “Oasis”. Se llamaba así porque era un verdadero oasis de frutas y verduras tanto regionales como exóticas. Me imaginaba todo lo que podían ver y preguntar los niños en ese lugar. Por ejemplo, dónde conseguían sus productos, cuánto tardaban en llegar, cómo los traían, cuántas personas trabajaban, etc.

Hoy sabemos que las materias primas de las diferentes regiones condicionan las actividades de las personas. La naturaleza del clima y el suelo del Valle de Río Negro favorecen el cultivo de manzanas, y

en ese lugar las actividades de las personas se organizan en función de su explotación y comercialización hacia distintos puntos del país.

Nosotros en Santa Cruz, en Los Antiguos, las características del suelo facilitan el cultivo y la comercialización de la cereza. Lo mismo pasa en Mendoza con el cultivo del olivo, la vid, el durazno. etc.

Ahora bien, ¿cuál era entonces mi intención en esa propuesta pedagógica?

Mi primera intención había sido descubrir, mediante preguntas, qué conocían los niños sobre el origen natural de ciertos productos conocidos por ellos. Para eso tuve que indagar los saberes previos sobre este tema y, como siempre, entre gritos desesperados por hablar primero, llegué a la conclusión de que para la mayoría parecía que las bananas, las manzanas, las naranjas, las papas se cultivaban en el fondo del supermercado o verdulería o que salían de las góndolas como por arte de “magia”.

Indagar estos saberes previos también me había servido para reconocer que muy pocos niños consumían frutas y verduras, ya sea por costumbre o por razones económicas.

Sabemos que, las personas que vivimos alejados de los centros de producción, muchas veces no consumimos muchas frutas y ciertas verduras porque no son fáciles de conseguir o no se encuentran accesibles para muchas personas, ya que estos productos suelen estar más caros por razones de traslado, entre otras razones.

Así fue como retomé nuevamente el tema con los niños, teniendo siempre en cuenta las preguntas que surgían en el grupo. La idea fue tomando color. Entonces, con un afiche fuimos registrando todo lo que surgía y luego lo guardamos para encontrar junto a los niños algunas repuestas.

“La verdulería” ya se había convertido en una unidad didáctica planificada y socializada con mi directivo, la cual me apoyo en mi intención educativa.

Muchas veces, como clienta, había concurrido a esta verdulería que se encontraba cerca de mi lugar de trabajo. Era un comercio de frutas y verduras, muy grande, que contaba con productos de todo tipo y de distinta procedencia, en su mayoría trasladados del centro de abastecimiento en San Rafael, provincia de Mendoza, desde donde todos esos productos emprendían cada semana su viaje a Río Gallegos.

Este fue el lugar apropiado para realizar la experiencia directa con los niños, porque mi intención no había sido solamente descubrir la procedencia de ciertos productos de la verdulería para enfrentarla con la hipótesis “mágica” de los niños, sino mucho más. Quería encontrar algunos aspectos de la realidad social que los niños desconocían detrás de la verdulería, como por ejemplo conocer quiénes eran las personas que trasportaban las frutas y verduras desde otros lugares, cuánto tiempo viajaban o quiénes eran las personas que trabajaban en la selección y acomodación de los productos para su comercialización, es decir, las actividades y roles de otras personas.

Otro aspecto muy interesante había sido observar cómo, con muchos de esos productos, se elaboraban productos caseros como dulces o conservas; algo que a los niños seguro les iba a interesar ver y realizar después en el Jardín de Infantes.

Sin duda, yo también tenía otra intención educativa, como la de reconocer la importancia del consumo de frutas y verduras en nuestra alimentación como fuente de energía y salud. Para ello debía realizar “algo” para que los niños se interesaran por ellas.

Finalmente, como docente quería mostrar la realidad sin estereotipos, para reconocer cómo el hombre se relaciona con la naturaleza. El lenguaje y la forma de comunicación de toda esta información iba ser fundamental para que la experiencia resultara “significativa”.

Las herramientas pedagógicas fueron la experiencia directa, la entrevista, el registro de la información, el juego con material concreto, el juego de dramatización como representación de la realidad, las actividades grupales, los recursos literarios. Es decir, todo lo que me iba a servir para abordar la realidad social con los niños de sala de 5 años.

Pusimos “manos a la obra”. Fue necesario registrar, por un lado, las preguntas y, por otro lado, las supuestas repuestas de los niños. Recuerdo algunas de estas:

- ¿Qué es una verdulería?
Un lugar donde se vende frutas
- ¿Qué se vende además de frutas?
Papas...
- ¿De dónde saca las frutas la verdulería?
De las cajas o de los árboles...
- ¿Me las regalan o las tengo que comprar?
Hay que tener plata, muchas monedas.....
- ¿Cómo hace el verdulero para decirme cuanto tengo que pagar?
Lo inventa.....

Estos habían sido solo algunos de los interrogantes que recuerdo y algunas inocentes repuestas de los niños. La mayoría había hecho referencia solo a frutas y una minoría había mencionado alguna verdura, pero casi ninguno había nombrado a las hortalizas.

También recuerdo que les había preguntado, en otra ocasión, si deseaban armar una verdulería. Todos enseguida se “habían enganchado” con la idea de armar una verdulería en la sala. Ellos estaban acostumbrados a representar la realidad mediante el juego, y esa ocasión no fue la excepción.

Fue entonces cuando volvimos a confeccionar otra lista con lo que se necesitaba saber sobre la verdulería, como por ejemplo, el nombre, cuántas personas iban a trabajar, sobre las balanzas, con qué se iba a comprar y, sobre todo, qué trabajos iban a realizar y, tal vez la más importante, dónde se podía conseguir la fruta y la verdura para vender.

Desde hace mucho tiempo, me preocupé por registrar la información o las preguntas que surgen con los niños para que ellos tomen conciencia de la importancia de la escritura en la vida cotidiana. Para esa ocasión, ellos mismos me habían ayudado a registrar las dudas mediante dibujos o algunas letras y palabras.

Para encontrar repuestas había que ir a ese maravilloso lugar: la verdulería “Oasis”. No solo por ser la más próxima al Jardín de Infantes, sino por ser la más apropiada por cantidad y variedad de productos.

Con los niños, nuevamente volvimos a registrar con letras o dibujos en hojas grandes (tipo anotadores grandes) las preguntas que se iban a realizar en la verdulería tales como dónde se podía obtener las frutas y las verduras, cuántas personas trabajaban, qué hacían, etc.

Todo estaba en marcha. Decidí visitar el comercio seleccionado para realizar la experiencia directa unos días antes para acordar con las personas que nos iban a recibir cuál iba a ser mi propósito de la visita y, sobre todo, debía arreglar el horario más conveniente para concurrir con los niños y no causar ninguna molestia, ya que era un comercio muy concurrido.

El día llegó. Los niños con sus camperas puestas y yo, acompañados de otra docente, nos fuimos a la Verdulería "Oasis patagónico". Era un verdadero oasis con todo tipo de frutas; se podía encontrar hasta la más exótica variedad de verduras de estación y de otras menos conocidas. Nos había recibido el dueño del lugar. Los niños estaban asombrados de ver tantos productos. Nos dividimos en grupos y comenzaron a sacar sus anotadores y otros niños se acordaron muy bien las preguntas.

El dueño del lugar les había explicado muy sencillamente de dónde provenían las frutas y las verduras. Tenía un mapa grande de la Republica Argentina donde, con el dedo, les señalaba el recorrido de los camiones por las rutas argentinas.

Las casualidades no existen, pero ese día sí existieron, porque justo en ese momento había estacionado un camión, que estaba pronto a partir nuevamente, y a los niños se les iluminó el rostro, solo le prestaban atención a él. Por eso nos fuimos todos afuera y el camionero, al ver que un montón de niños se abalanzaba hacia él solo, no tuvo más remedio que atender nuestras preguntas. -¿Qué lleva?, había preguntado un niño, y el señor respondió que "ahora nada" y muy amablemente les abrió el compartimiento que estaba vacío, para que los niños pudieran ver dónde se trasportaba la mercadería y les dijo que pronto iba a volver a venir lleno de frutas y verduras.

Para los niños fue como ver una heladera gigante. Se sentía un aire todavía fresquito; los niños no salían de su asombro. Fue hermoso ver las caras como si hubieran descubierto un tesoro. Fue así como parte de la verdad se estaba descubriendo frente a la mirada inocente de los niños.

Después de observar el camión, volvimos a entrar al negocio para seguir el recorrido por el sector de las frutas. Los niños habían reconocido muchas de ellas, y en ese momento el dueño del lugar había tomado dos bananas y les había preguntado a los niños si eran iguales. La respuesta no había tardado porque había resultado notable la diferencia. El señor les explicó que una procedía de Ecuador (la banana más grande) y la de menor tamaño, de Argentina.

Otro momento emocionante de la experiencia directa había sido fue cuando los niños se encontraron con otras frutas como cocos, quinotos, etc. Todo resultaba inimaginable para ellos, porque ellos pudieron tocar todos la cáscara "peluda" de los cocos. Sus caritas de asombro nunca me la voy a olvidar. Pero no había sido todo; lo divertido había resultado cuando les explicaron cómo se podía sacar el jugo de ese cascarón tan duro.

Al rato de habernos divertido con los cocos, el señor de la verdulería nos había llevado al sector de las verduras. Ahí también los niños habían reconocido las más conocidas como lechuga y tomate, pero había otras menos conocidas como distintos tipos de zapallitos, hinojos, varios tipos de lechugas, cebollas de verdeo, chauchas, remolachas, entre otras cosas. También los niños habían observado otros productos envasados en frascos como duraznos, tomates, aceitunas, que también habían captado su atención.

Seguimos con el recorrido por algunos de los sectores de frutas y verduras. Los niños habían realizado también otras preguntas un poco mediatizadas al dueño del lugar, como por ejemplo, ¿cuántas personas trabajaban en esa verdulería? El les había respondido que muchas, porque algunas personas recibían la mercadería de los camioneros, otros debían limpiarlas y acomodarlas, luego otros debían atender a los clientes y otros debían llevar algunos pedidos a ciertos lugares o personas que no podían ir al negocio a comprar, y recuerdo que también les había contado a los niños que su esposa le ayudaba a atender la caja.

No me voy a olvidar cuando un niño le preguntó quien le había enseñado a trabajar en una verdulería y con una sonrisa en los labios el dueño del lugar le había respondido que, en su provincia Mendoza, sus padres tenían una finca y trabajaban mucho en el cultivo de frutas (vid, olivo, damasco, etc.), y este trabajo lo había aprendido desde muy chico, ya que era una cuestión de familia. Sus hermanos también trabajaban en el negocio de las frutas y verduras. Luego había aparecido la siguiente pregunta, otra vez mediatizada, ¿por qué había decidido trabajar en Río Gallegos? Él entonces respondió que era porque le gustaba trabajar con las frutas y verduras en cualquier lugar.

Para los niños, descubrir que había otros tipos de verduras y frutas, más allá de las básicas que se vendían en los supermercados, fue todo un descubrimiento. Toda esa información que habíamos recibido tuvo que ser nuevamente conversada en la sala para aclarar las dudas que habían surgido después de la experiencia directa. Al día siguiente, ellos también habían aportado desde sus casas más información que habían encontrado junto a su familia en revistas, libros, etc.

El dueño de la verdulería tuvo una atención muy generosa. Nos regaló muchas bolsas de verduras y frutas (hasta ananá) para realizar una rica ensalada de frutas, y nosotros le correspondimos con otro presente de agradecimiento. Era un cartel que indicaba cuando esta cerrado y cuando abierto. El señor lo había agradecido tanto que enseguida lo colocó en su puerta y así fue cómo, muy contentos, partimos de ese lugar con nuestras bolsas y con todo lo que habíamos vivido.

Los niños habían llegado alegres al Jardín de Infantes con sus bolsas y las guardamos en la heladera del Jardín. Luego en la sala, después de conversar sobre todo lo visto, cada niño había rescatado lo que más le había impactado de la experiencia directa y lo dibujó en una hoja que luego expusimos. Para algunos había resultado ser el camión refrigerado; para otros, los cocos. En cambio a otros les había gustado la caja registradora, la balanza electrónica y atender a los clientes.

En los días siguientes se comenzó a organizar las actividades. Desde ya la idea principal de los niños fue armar una verdulería en la sala, pero se debía conversar mucho y negociar algunos roles. Mi intención era que todos los niños participaran del juego. Se había decidido entonces que todos iban a rotar para asumir distintos roles: clientes, vendedores, transportistas, reposidores, cajero, etc.

También se habían realizado en esta experiencia otras actividades grupales como preparar ensalada de frutas. Para muchos de ellos, comer damascos, ananá, uvas había resultado algo nuevo también. Era propicio en ese momento concientizar a los niños sobre la importancia de incorporar las frutas en nuestra alimentación, por el bagaje de vitaminas que le damos a nuestro cuerpo. También las canciones, las rimas con frutas, poesías y la clásica "Se mato un tomate" de Elsa Borneman. Se dramatizaron cuentos con temáticas relacionadas a las huertas y los frutos.

Los niños estaban muy entusiasmados y yo también. Fue así como en otra ocasión habíamos invitado a algunas madres y abuelas para que nos ayudaran a preparar dulce casero. Teníamos tantas frutas

que fue bueno aprovecharlas todas. Dibujamos y escribimos las recetas en hojas para publicarlas en la revista del Jardín.

Durante cada desayuno los niños untaron el pan con el dulce casero preparado por ellos mismos. Resultó más rico que el comprado porque tenía otro valor; estaba todo hecho por ellos mismos.

Muchos niños nunca habían probado ensaladas, ya sea por costumbre o porque decían no les gustaban sin haberlas probado. Fue así como gracias a otro cuento muy divertido “La historia de una rara zanahoria”, que dramatizamos en el rincón literario, decidimos preparar una rica ensalada de zanahorias: lavamos las zanahorias en la cocina, nosotras las señoritas ayudamos a pelarlas y cada uno de los niños ralló un poquito de zanahorias en diferentes ralladores, con agujeros grandes, medianos y pequeños y luego se la condimentó con aceite y sal. ¡Y a probar la ensalada! La mayoría de los niños fruncieron su ceño al probar la zanahorias. A muy pocos les gustó, pero casi todos las probaron: fue muy divertido, se reían y exclamaban ¡buahh! También realizamos ensaladas de tomate, de lechuga, etc.

Las actividades plásticas también estuvieron presentes en este proyecto: sellaron con papas, con zanahorias, etc. Se realizaron frutas con material de descarte para usarlas en el juego.

En el rincón de ciencias habíamos decidido estudiar a la remolacha con su color y su decoloración al contacto con el agua.

En matemática habíamos también trabajado con la correspondencia de la fruta con su palabra, verduras con palabras, laberintos, rompecabezas.

En las distintas actividades que realizamos siempre nos sacamos fotos para realizar una muestra en la que todos los padres las contemplen.

La verdulería “Pancho” fue el nombre que los niños eligieron para jugar; estaba todo listo para la acción. Todo empezó cuando llegó el camión con verduras y frutas, los chóferes, después de un largo viaje, estaban cansados (los niños armaron un camión con mesas y arriba cajas con mercadería); los repositores, que eran otros niños, recibían los cajones y les ofrecían un mate; dentro del local, otros niños acomodaban la mercadería en estantes y le colocaban el precio. Los vendedores estaban listos: se abrió el local y los clientes empezaron a entrar; los niños vendían y compraban. La caja registradora no paraba de funcionar (una mamá la armó con cajas y contábamos con un teclado de PC, sin uso). También teníamos balanzas (de cocina y otras realizadas con bandejas de tergopol y cartón). El ingenio de los padres tuvo su momento a la hora de equipar la verdulería. Durante tres jornadas los niños jugaron, se divirtieron, asumieron distintos roles y aprendieron que las frutas y verduras recorren un largo camino para llegar a nuestras mesas.

Resultó divertido armar un abecedario con letras de frutas y verduras para usar como referente en la sala. Buscamos en revistas de temas agropecuarios fotos de los distintos cultivos y los distintos paisajes de nuestro país y armamos un afiche. Luego dibujaron camiones y los pegaron cerca de un mapa de la provincia de Santa Cruz y los mismos niños les habían contado a sus pares de otra salas todo lo que habían aprendido para confirmar que “la naturaleza es la despensa del hombre”.

Como docente, disfruté del entusiasmo de los niños, de sus descubrimientos y de hacerles conocer un poquito más de la realidad social que los rodea.

Datos de la Institución: Nombre: jardín de Infantes Nro 3 "TAMBORCITO DE TACUARI"
Nivel: Inicial
Dirección: Frank Lewis Nro 248
Localidad: Puerto Santa Cruz
Teléfono: 02962-498224

Datos personales: Responsable de la experiencia: Mariana Andrea Castro
Profesora de Educación Preescolar
Correo Electrónico: marianacastro68@yahoo.com.ar
Documento: DNI: 20.023.453
Domicilio: Barrio Militar- Casa 4 – Avenida Avellaneda S/Nro
Teléfono particular: 02962-498191